



LA BIBLIA.

Antiguas Versiones Castellanas.

(Continuación.)

A mediados del siglo XVI, *Fr. Luís de León*, que fué natural de Belmonte de Tajo, y que cursó sus estudios en Salamanca, hizo una traducción y comentario del magnífico *Cántico de Salomón*, y también del *Libro de Job*. La del *Cantar de los Cantares* le merecieron una causa inquisitorial y sufrió prisión por dos años. Como íntimo conocedor del hebreo y griego, hizo lo posible para que sus traducciones y paráfrasis tuvieran el mayor esclarecimiento posible, con el fin de ser *algo más fiel a los originales que la Vulgata Latina*.

Esto dió lugar a que muchos incapaces de blandir las armas de la ciencia, pero sobrados de malicia, emprendieran contra *Fr. Luís de León* una campaña injusta obligándole a defenderse y a que pusiera a la vez de manifiesto la sinrazón de sus adversarios.

Ello demuestra al lector una vez más, hasta donde llega el fanatismo romano. ¡Por el sólo hecho de haberse *Fr. Luís de León* ajustado más fielmente a los originales que los que hicieron la *Vulgata Latina*, fué perseguido y encarcelado! Por algo *Fr. Luís de León* dijo: el que traduce ha de ser *fiel y cabal*.

En el año 1550, *Sebastián Grifo de León*, de Francia, publicó una traducción española de los *Proverbios de Salomón*, y *Juan Rofense*, otra de los *Salmos de David*.

En el año 1553 se publicaron en la residencia de *Juan Steelsio*, en Amsterdam, los *Salmos de David*, traducidos a la lengua castellana, por *Cornelio Sinoy*, natural de Gouda.

Existe también otra traducción de los *Salmos*, impresa en Venecia en el año 1557 por *Pedro Daniel*, que fué hecha por el *Doctor Juan Perez*, y que fué dedicada a *D.^a María de Austria*, reina de Hungría y de Bohemia.

Y por último, en 1569, *R. Joseph Isaac Ben Joseph Jebets*, hizo en Strasburgo una edición de los libros de *Isaías* y *Jeremías* en un tomo en 4.^o y con dos columnas: una para el hebreo y otra para la traducción castellana con caracteres hebreos.

Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera.

(Véase el núm. 40 y 41 de esta Revista.)

R. R. Jhudah León, López Laguna y otros.

En 1606, *Juan Le. Quesne*, publicó «los *Salmos de David*, *metrificados en lengua castellana, conforme a la traducción verdadera del texto hebreo*».

En el año 1616, *Fr. Antonio de Cáceres*, obispo de Astorga, imprimió la «*paráfrasis de los Salmos de David*». En 1625 apa-

reció en Amsterdam un tomo en 8.^o menor con el título «*los Salmos de David y otros*», pero sin prólogo, sin dedicatoria ni nombre del autor.

En 1650 *R. R. Ephraim Bueno* y *Jonás Abrabanel*, dieron a luz el «*Psalterio de David*». En 1671 se imprimió en Amsterdam otra versión española de los *Salmos* por *R. Jahacob Jehudah*. Y finalmente, en el año 1720 se publicó en Londres una edición de los *Salmos de David* traducida al español en verso por *Daniel Israhel López Laguna*. Hay, además, otras traducciones de la Biblia hebraica al castellano en caracteres rabínicos, unas antiguas y otras modernas.

En 1648 *R. Manascheh ben Israel*, publicó en Amsterdam una traducción de los *cinco libros de la Ley Divina*.

En 1681 se dió a luz también en Amsterdam un libro titulado: «*Paráfrasis comentado sobre el Pentateuco por el Ilmo. S. Ishac Abaab H. del K. K. de Amsterdam*», cuya descripción, etc., puede verse en la biblioteca de Rodríguez de Castro, p. 487. En la misma puede verse la crítica histórica de *Joseph Franco Serrano* en 1695; de las *Conjeturas Sagradas* de *Ishac de Acosta* en 1722; del *Poema de la reina Ester*, *Lamentaciones del Profeta Jeremías*, *Historia de Ruth* y otras poesías de *Juan Pintó Delgado*, de la Biblia en dos columnas Hebraico y Español en cara y a costa de *Joseph, Jacob y Abraham de Salomón Proops*, estampadores y mercaderes de libros hebraicos y españoles en Amsterdam.

Estas son algunas de las versiones antiguas que se hicieron de la Biblia al castellano antes de las modernas que en el próximo número citaremos.

(Continuará.)

EXÉGESIS BÍBLICA.

Aparentes contradicciones doctrinales.

(Continuación.)

LIII.

A imagen de Dios desde la creación.

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó.»—Gén. I, 27.

«Este es el libro de las generaciones de Adam. El día en que creó Dios al hombre, a la semejanza de Dios lo hizo.»—Gén. V, 1.

LIV.

Como Dios, después de la creación.

«Mas sabe Dios que el día que comieseis de él, serán abiertos vuestros ojos, y sereis como dioses sabiendo el bien y el mal.»

«Y dijo Dios: He aquí el hombre es como uno de Nos, sabiendo el bien y el mal.»—Gén. III, 5; 22.

de las obras de los escritores de la Biblia nos habla de los libros y productos de la Biblia.

A primera vista les debe parecer a muchos muy visible la aparente contradicción, pues unos versículos (LIII) dicen que el hombre fué hecho o creado a imagen de Dios en el momento de la creación, mientras que los otros (LIV) claramente dan a entender que *después* que hubo el hombre comido de la fruta prohibida, o desobedecido, es cuando dice la Biblia que «*fué como uno de Nos.*»

Un crítico ha dicho, que los primeros versículos (LIII) se refieren al hombre como hecho a *imagen* de Dios, y que los segundos versículos (LIV) se refieren al hombre como parecido a la Deidad desde el punto de vista de inteligencia o conocimiento. Desde luego podemos decir, que los primeros versículos se refieren a la institución *espiritual* del hombre, y los segundos al *conocimiento* adquirido por este, o la facultad adquirida de poder distinguir el bien del mal.

El Espíritu del hombre está hecho a *imagen* de Dios, que es Espíritu.

LV.

Justificado por fe.

«Porque por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de él.»—Rom. III, 20.

«Así que, concluimos ser el hombre justificado por fe sin las obras de la ley.»—

Rom. III, 28.

«Que si Abraham fué justificado por las obras, tiene de qué gloriarse; mas no para con Dios.»—Rom. IV. 2.

«Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesu-Cristo.»—Gál. II, 16.

LVI.

Justificado por obras.

«Porque no los oidores de la ley son justos para con Dios, mas los hacedores de la ley serán justificados.»—

Rom. II, 13.

«Hermanos míos, ¿qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?»

«Así también la fe, si no tuviese obras es muerta en sí misma.»

«¿No fué justificado por las obras Abraham, nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?»

«¿No ves que la fe obró con sus obras, y que la fe fué perfecta por las obras?»

«Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe.»

«Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras es muerta.» Santiago, II, 14, 17, 21, 22, 24, 26.

¡Cuántos al leer estos versículos han dicho que la contradicción doctrinal entre Pablo y Santiago es clara y terminante!

Sin embargo, hemos de afirmar antes de seguir adelante, que no hay tal contradicción ni colisión de ideas doctrinales. Estos versículos únicamente se concretan a presentar distintos y variados aspectos de *una sola* verdad. Pablo combate a los religiosos que creen que dependen de su moral *exterior*, gráficamente hablando, o sea en las *obras*, con el fin de obtener la salvación; y Santiago se dirige a aquellos que mantienen que mientras la *creencia* de un hombre sea correcta, no importa lo que sea su *conducta*, más claro: Pablo combate el *fariseísmo*, y Santiago combate a los *antinomianistas*. Los primeros dicen que las obras no son buenas para nada sino cuando brotan de la fe misma; y los otros responde a esto diciendo que la fe no tiene ningún valor excepto que produzca buenas obras.

El notable Juan Tayler, dice: «El apóstol Santiago nos habla de las obras como *consecuencia* de la fe, o de obras como fruto y producto de la fe. Pero San Pablo nos habla de las obras y las

rechaza al considerarlas como anteriores a la fe. Según San Pablo, la justificación de Abraham se refiere a su estado *antes* de ser creyente; y según Santiago se refiere a su estado *después* de haber creído y cuando sus obras eran el fruto de su fe.

El insigne escritor *Whately*, dice: San Pablo cita a Abraham como el ejemplo de un hombre «*justificado por la fe;*» mientras que Santiago lo presenta como un hombre «*justificado por las obras;*» la fe siendo manifiesta por las obras las cuales nacieron en consecuencia.

El sabio *Andrew Fuller*, dice: Pablo habla de la justificación de los que no son hijos de Dios, o bien, del camino que han de pisar los que quieren ser aceptados por Dios. Santiago habla de la justificación de los que se llaman *sus hijos*, o señalando la forma por medio de la cual el mundo llega a conocer que son hijos o creyentes.

Stuart, el conocido escritor y comentarista, dice: San Pablo trata con uno que espera justificación fundándose en sus *propios méritos*; mientras que Santiago tiene una polémica, por decirlo así, con *antinomianistas*, o sea, con esas personas que sostienen y creen que la fe sin obras es todo lo que exigen los Evangelios.

Queda pues explicado y comprendido lo que algunos llaman contradicción.

(Continuará.)

LA BIBLIA Y LA CIENCIA.

Día sexto.

ORIGEN del HOMBRE.

(Continuación.)

Ya hemos visto en el número anterior, como no es posible admitir como verdadera la transformación de las especies.

El evolucionismo solo trastorna el orden de la naturaleza, atropella la dependencia. Según los evolucionistas los primeros hombres fueron hijos de Cristo, los hijos tenían el derecho de sujetar a sus padres, prenderlos con redes, desmenuzarlos con golpes y finalmente matarlos, siendo así que corría por sus venas la misma sangre que ellos tenían. Ahora bien: ¿Con qué autoridad y derecho podían estos hijos desnaturalizados haber exigido e impuesto a sus descendientes la ley del respeto, obediencia y la virtud y el amor?

Por esto y muchas otras razones es que no debemos, porque no podemos, apartarnos de la pauta que nos traza la Biblia y la Ciencia, y así podremos tener la completa seguridad que no cometeremos tantos yerros y tantos desaciertos como han cometido los evolucionistas.

«Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda hierba que dá simiente, que está sobre la haz de toda la tierra; y todo árbol en que hay fruto de árbol que dá simiente, seros ha para comer.»—Gén. I, 29.

Veamos como Dios dá al hombre para su sustento «*hierba que dá simiente*» y el fruto de los árboles, mientras que a los animales solamente les dá «*hierba verde.*» ¿Acaso pueden ahora alegar los evolucionistas que en la creación no hubo diferencia incluso en la alimentación entre el hombre y la bestia?

Ahora cabe preguntar respecto a los animales: como que dice el Génesis que «*a toda bestia de la tierra y a todas las aves de los cielos y a todo lo que se mueve sobre la tierra en que hay vida, toda hierba verde les será para comer,*» ¿significa que

entonces todos los animales eran herbívoros? Probablemente que el autor se refiere únicamente a los animales relacionados con el nombre en el jardín de Eden; pero si se refiere dicho versículo a todos los animales de la tierra, podemos estar seguros debido a lo que dice respecto a los animales carnívoros (ver. 3) que dicho versículo viene a demostrar el hecho de que todo el reino animal vive directa o indirectamente de la vegetación.

«Y vió Dios todo lo que había hecho, y hé aquí que era bueno en gran manera. Y fué la tarde y la mañana el día sexto.»—Gén. I, 31.

Este es el testimonio de Dios respecto al término de su obra. Dios vió que todo era bueno en gran manera, y que todo respondía perfectamente a sus aspiraciones. ¡Qué contraste con el principio cuando todo era desorden y confusión!

Dios estuvo satisfecho no porque él lo había hecho todo, sino porque lo que había hecho era bueno en gran manera.

Sin embargo, aún en nuestros días, hay quienes pretenden escalar el Cielo y han mirado con menosprecio la relación entre el criador y lo creado. La naturaleza misma camina ordenada y rectamente y procura salir al encuentro y hacer entrar en razón al que le vuelve las espaldas: la verdad hace siempre fuerza a aquellos que la niegan y les obligan a ponerse en contradicción consigo mismo.

Todo esto manifestamos, porque resulta hasta infantil levantar alboroto contra la verdad revelada, pero a medida que la ciencia verdad llega al conocimiento íntimo de las cosas, se van deshaciendo los castillos que han levantado cuando niños algunos mal llamados naturalistas.

Hoy mismo los pocos que quedan ya de los llamados científicos, pero que son agnósticos o ateos, que no profesan el dogma de la creación y la diferencia entre la materia y el espíritu, están dando mucho que reír a los verdaderos doctos y razonables.

Pero ya llegará el día que una vez puesta su consideración en el primer capítulo del Génesis, lo que su turbia vista no podía antes sufrir, verán luego, trocada la afición, cuanto deslumbra sus entendimientos con la viveza de la luz.

Una vez entrada en la lectura, entonces podrán observar con qué cautela expone Moisés en lenguaje vulgar, los grandes acaecimientos de la historia terrestre, como cada palabra esmalta un aserto, cada frase una conclusión. Cuando pensativos consideren las grandezas expuestas en el Génesis, cuando vean con los ojos de la realidad la libertad con que anuncia cosas puestas sobre la humana comprensión, y que solamente las edades por venir habían de estimar y alcanzar, entonces será cuan verán y creerán.

Como bien dijo un sabio escritor: ¿En qué pensamiento de hombre cabe ordenar una página con tal disposición, que entre dos creaciones instantáneas y perfectas, se desenvuelva lenta y ordenadamente el vastísimo plan de los seis días, siguiendo la ley del progreso, de manera que en las creaciones divinas resplandezca la ejecución instantánea, en el progreso natural, la pausada sucesión; en aquéllas la intervención inmediata de la causa primera, en el progreso la concurrencia de las causas segundas; en aquéllas la grandiosidad y concierto? ¿Podría el bajo entendimiento del hombre disponer con tanto encaje y propiedad cosas un tanto misteriosas y divinas? Cansado el *sabio* de bracear en este golfo sin suelo de maravillas, pues apenas hay palabra en el Hexámeron que no esté preñada de ellas, después de dar a las cosas todas las vueltas que quiera para componer puntualmente la primera página del Génesis con la historia científica de la tierra, no hallará al fin otro remedio que tomar puesto y descansar en la divina revelación. Sin la obra de la revelación, ninguno explicará jamás el pasmo de esta consonancia.

Luego la creación, según que se contiene en el primer capítulo del Génesis, es a todas luces, irrecusable verdad.

RESPUESTAS a preguntas ANTIDEÍSTAS.

¿Cuántos años tuvo Abraham cuando se casó con Cetura?

Esta pregunta la hacen los que únicamente han leído la Biblia superficialmente, y también aquellos que tratan siempre de hacer resaltar los puntos bíblicos que parecen contradicciones o difíciles de interpretar. Por lo visto, se fundan para hacer la anterior pregunta, en la aparente contradicción que ofrecen algunos versículos que citaré para que los conozca el lector:—

Necesidad de la intervención divina.

«Entonces Abraham cayó sobre su rostro, y rióse, y dijo en su corazón: ¿a hombre de cien años ha de nacer hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años ha de parir?»—Gén. XVII, 17.

«Por lo cual también, de uno, y ese ya amortecido, salieron como las estrellas del Cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla de la mar.»—

No fué necesario un milagro.

«Y Abraham tomó otra mujer, cuyo nombre fué Cetura; la cual le parió a Zimram, y a Joksan, y a Medan, y a Midian, y a Ishbak, y a Sua.»—Gén. XXV, 1, 2.

Ahora bien, dicen los antideístas: Si el nacimiento de Isaac se realizó por medio de un milagro especial del Omnipotente en consideración a la edad avanzada de Abraham ¿cómo se puede reconciliar esto con el hecho, de que después de la muerte de Sara, es decir, cuando Abraham tenía por lo menos unos cuarenta años más, se casara con Cetura, llegando a tener numerosos hijos?

Respuesta.—Hemos de tener presente antes de responder de lleno a la pregunta hecha, que era costumbre oriental al escribir historia en aquellos tiempos, de citar únicamente los nombres de las personas que tenían referencia o méritos especiales, dejando caer en saco roto los nombres de las demás de poquísima importancia.

Al efecto, y en este caso especial, es lógico suponer que la referencia bíblica de Cetura se aparta de la estricta cronología con el fin de no distanciarse bruscamente de la narración importante que nos habla de Abraham, de su mujer Sara y de Isaac su hijo.

En el libro de Crónicas, Cetura, es llamada la concubina de Abraham, y no cabe duda por muchas razones que así fué, es decir, que era considerada como una criada de su familia, con la cual coabitaba Abraham. El silencio del autor respecto a los antecedentes de la familia de esta criada, robustece esta opinión.

Luego también existe la improbabilidad de que Abraham tuviera alianza con ninguna familia cananita; y por último, la improbabilidad de que ninguna princesa de Canaan le quisiera a una edad tan avanzada y más cuando era heredero de su fortuna el hijo de Sara. Si a esto añadimos lo que dice el libro de Crónicas, nos hace creer aún más que Cetura era la concubina de Abraham.

¿Acaso fué suficientemente largo el intervalo que medió entre la muerte de Sara y Abraham para que le nacieran seis hijos de una sola mujer, y llegaran a ser hombres cuando entonces el hombre llegaba al apogeo de su desarrollo a los 30 años aproximadamente? Además, no tan sólo están enumerados los hijos del segundo hijo de Cetura sino hasta sus nietos, lo cual, si se sostiene que Abraham se casó con Cetura después de la muerte de Sara, hace necesariamente que Abraham se transformase en un

tatarabuelo ja los cuarenta años...! ¿Acaso sería lógico suponer semejante cosa?

Las palabras «y Abraham tomó otra mujer, cuyo nombre fué *Cetura*.»—Gén. XXV, 1, no ofrecen prueba alguna de que dicha apropiación tuviese lugar inmediatamente después de la muerte de Sara, pues las citadas palabras podían haberse escrito gramaticalmente en tiempo pluscuamperfecto, pues hay que reconocer, que en la genealogía que nos ofrece I, Crón. I, 32 y 33, vemos que figuran primero los hijos de *Cetura* antes de Isaac, y a ella se la llama la concubina de Abraham. Esto no hubiera ocurrido si *Cetura* hubiese sido la mujer legítima de Abraham después de la muerte de Sara.

En consecuencia, es más que probable que tanto *Cetura* como *Hagar* fueron durante la vida de Sara unas segundas esposas, pero que después de su muerte fué *Cetura* reconocida como mujer propia o legítima.

Esto nos demostraría que, apesar de ser muy viejo Abraham cuando murió Sara, sus hijos nacidos de *Cetura* tenían una edad muy avanzada, tanto así que se fueron con lo suyo a hacer nuevas colonias. También se puede creer que el poder viril de Abraham por el cual llegó a ser el padre de Isaac, continuó por muchos años sin experimentar decaimiento.

(Continuará.)

CRISTOLOGÍA.

(QUINTA PARTE.)

La Persona de Cristo en el Nuevo Testamento.

FILIPENSES.

Hasta en la Epístola de San Pablo a los Filipenses, vemos como se revela el misterio eterno del acto de condescendencia del Hijo de Dios hecho manifiesto temporalmente en su Encarnación.

En esta Epístola, una de las notas salientes es el gozo.—Filip. I, 29; IV, 1; I, 3-6; IV, 4, 10-19.

El capítulo segundo demuestra la economía cristiana: «*ocupaos en vuestra salvación,*» vers. 12; «*no mirando cada uno a lo suyo propio, sino cada cual también a lo de los otros*»—vers. 4; «*porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús.*»—Vers. 21.

El ejemplo supremo del sacrificio personal que nos enseña el Cristianismo, es la devoción del Hijo de Dios para salvar a la humanidad.

La Persona que manifiesta estos sacrificios personales es «*Cristo Jesús.*»

Cristo se hizo hombre, siervo, y con semejanza humana, dejan-

do a un lado lo que tenía relación con la humanidad y la obra de redención el ejercicio de la autoridad divina que podría haber asumido.

Así como **Su** gloria fué hecha manifiesta en algunos de sus milagros como ocurrió en su transformación, sin embargo, ello era para demostrar su identificación con el Padre, que era igual que él.

En el mundo fué considerado y se dió muchas veces a conocer como un siervo de Dios, y precisamente porque tuvo el poder de renunciar lo divino en su encarnación, llegando a ser una Persona, es que ello prueba una vez más su divinidad.

La epístola de los Filipenses ofrece otra demostración de la divinidad del Salvador en el misterio de **Su** encarnada Persona, pues San Pablo le considera como el objeto de reverencia y amor.

Si leemos el capítulo tercero con detención, veremos como el apóstol funda su futura eternidad en la esperanza del precio que encuentra en Cristo y en su sangre derramada una vez y para siempre en la cruz.

El capítulo II, del vers. 5 al 11, nos habla de la gracia de Cristo, el Eterno Hijo de Dios, descendiendo paulatinamente, para morir allí y redimir a la humanidad pecadora para luego experimentar una gloriosa exaltación hacia la gloria eterna.

El capítulo III, es lo que podríamos llamar el corazón de la epístola en donde Pablo enseña que todas las cosas no valen nada en comparación de las que tenemos en Jesucristo por la fe en él.

COLOSENSES.

En el Cap. I, 15, vemos como nos presenta a Jesucristo como la imagen perfecta de Dios: «*el cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito.*»

Cristo es el rey Creador del universo: «*Porque por él fueron criadas todas las cosas.*»—Col. I, 16.

Cristo ha sido desde la eternidad y es poseedor de toda la preeminencia: «*Y él es antes de todas las cosas, y por él todas las cosas subsisten.*»—Col. I, 17.

Cristo es el reconciliador de todos y de todas las cosas por medio de su sangre: «*Y por él reconciliar todas las cosas así, pacificando por la sangre de su cruz.*»—Col. I, 20.

Cristo es la cabeza de los principados y de todo poder: «*en él están cumplidos, el cual es la cabeza de todo principado y potestad.*»—Col. II, 10.

Cristo es la cabeza del cuerpo, la Iglesia: «*él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia.*»—Col. I, 18.

Cristo es todo: «*donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre; mas Cristo es el todo, y en todos.*»—Col. III, 11.

(Continuará con Tesalonicenses.)

NOTAS. Al lector que se le ofrezca alguna duda acerca de estas materias, dirijase al autor D. Luis López-Rodríguez Murray.

Rogamos a nuestros suscriptores o colegas que si desean reproducir alguno de estos trabajos, tengan presente al hacerlo aquel principio de ética que se resume en esta frase latina: «*suum cuique,*» y lleven su bondad hasta el extremo de citar la procedencia de los artículos.

PUBLICACIÓN EVENTUAL — SUSCRIPCIÓN: CUOTA VOLUNTARIA.

Depósito de la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE TRATADOS RELIGIOSOS Y LIBROS, Cervantes, 82-84, FIGUERAS.—Gerona.

Imp. de J. Trayter, Figueras.